

UNA PÁGINA DE HUIDOBRO, UNA PÁGINA DE BOLAÑO*

CARMEN RUIZ BARRIONUEVO
Universidad de Salamanca

Si debemos entender el desarrollo de las letras de un país, o de un ámbito más extenso, de una lengua en su amplia dimensión –tal y como sucede dentro de ese territorio de la Mancha del que habla Carlos Fuentes– como un gran libro, esa imagen antiquísima que encarna el mundo, el *Liber Mundi*, cifra y compendio de todo lo conocido: el libro como único universo posible –que tanto ha seducido a partir de las ficciones de Borges–, los grandes escritores de cada época se insertarían en ese espacio con una página o varias páginas, o con una página más o menos larga, o más o menos significativa. Páginas de un gran libro que además corren el peligro de la visibilidad o de su ocultamiento, siquiera sea por cortos periodos de tiempo, porque los lectores que las actualizan se encargan de juzgarlas a veces con rigor, otras veces con indulgencia o fervor, haciéndolas asumir posiciones que las extraen y materializan desde los pliegues recónditos del papel que las guarda. Hace décadas se abrió una gran polémica en el ámbito venezolano al aplicar parecido símil el narrador y ensayista José Balza. Fue en 1971, cuando bajo el título de “Un libro excesivo” en “El Papel Literario” de *El Nacional* (7 de marzo) afirmaba que “la buena narrativa venezolana no excede un pequeño volumen de mil páginas, con letra grande y acentuados espacios en blanco” y pasaba a seleccionar los autores que, según él, tendrían ese honor, entre otros, Rómulo Gallegos, Teresa de la Parra, José Rafael Pocaterra, Julio Garmendia, Guillermo Meneses y Salvador Garmendia. Por supuesto que sus severas afirmaciones levantaron una gran polvareda, que no acaba de desvanecerse hoy día entre los lectores y críticos de su país. Y es que todas las metáforas ligadas al libro, a la

página, a la letra y lo que ello implica, como correlato del mundo, de lo que pervive en definitiva, se han hecho omnipresentes en la cultura que domina el siglo XX y lo que ha trascendido del XXI, y provocan que todo lo que tiene el honor de ser encerrado en las páginas metafóricas de un libro –espacio que siempre facilita a la mente su comprensión y asimilación– quiera justificarse por su capacidad de excelencia y por tanto de permanencia, de trascendencia frente a lo temporal.

La obsesión por la página como soporte o por la página en blanco que hay que cumplimentar, hendiendo la pluma, sembrando la escritura, que a su vez es necesaria para guardar la memoria ancestral y sagrada de los tiempos antiguos, o la memoria profana de los nuestros, es lo que ha llevado al libro a representar también, en un esfuerzo metonímico, a la literatura. Páginas y conjunto de páginas que los escritores encadenan con sus obras, que son espacios de ficción o de reflexión, reductos que integran y contienen, que articulan y ordenan para nuestra mente humana cuanto sucede en el mundo. Porque en el fondo nuestra vida y nuestra cultura está formada de libros y es muy posible que solo exista gracias a los soportes que la guardan: los libros.

Los actos que nos han convocado estos días en honor a estos dos escritores chilenos, Vicente Huidobro (1893-1948) y Roberto Bolaño (1953-2003), son buena ocasión para articular alguna de las páginas de ese gran libro que permanecen más o menos visibles e indiscutibles ante la crítica y los lectores. Resulta muy evidente que ambos constituyen dos hitos, Huidobro con fuertes perfiles, en la primera parte del siglo XX, y Bolaño, con perfil más provisional hasta que el tiempo juzgue y consolide, ya en las últimas décadas, en el cruce hacia el siglo XXI. Y si ambos gravitan sobre las inquietudes de las vanguardias, el primero las trae y las estimula, el segundo prefigura transiciones que las retoman, procesan y exacerban. Lo curioso es que hay entre ellos paralelismos que nos incitan y sorprenden; ambos son chilenos, ambos residieron en España por periodos más o menos largos y ambos publicaron una parte fundamental de su obra desde este país para desplegar su literatura por todo el ámbito hispanohablante. Aún más –y siguen las coincidencias temporales y

espaciales— ambos vivieron en dos continentes y ambos marcaron con gran impronta a las letras del amplio territorio de la lengua española; todavía más, pues continúan los paralelismos en los azares de las cifras, ambos vivieron alrededor de los cincuenta años, cinco años más Huidobro. En definitiva, dentro del gran libro de las letras ambos han conseguido una aquiescencia acerca de sus obras.

De Vicente Huidobro hace ya tiempo que nadie discute su carácter pionero y decisivo al insertar en el mundo hispánico las pautas de la vanguardia, porque si la fama de Huidobro se hizo en Europa, en Francia y en España, ello propició también esa página española que tuvo su consolidación en una pugna nada fácil en la que el chileno esgrimió una obra novedosa, en la que combinaba la poesía, la prosa y la defensa de su poética en los múltiples manifiestos. Su objetivo fue siempre defender su originalidad y primacía ante acosos más o menos impertinentes pero cuyas bases de credibilidad no eran perceptibles para los escépticos atacantes. Porque en efecto, si nos fijamos en sus textos programáticos, es cierto que desde muy pronto, 1914, apuntalarían su doctrina vanguardista, pero ésta y otras fechas dependen poco menos que del acto de fe en su propia palabra, ante lo cual la crítica ha tenido buen cuidado en destacar que no hay constancia de la lectura del Manifiesto “Non serviam” en el Ateneo de Santiago en 1914, pues el texto fue publicado en 1945 por primera vez, y que si bien hay documentos que atestiguan la impartición de su famosa conferencia de Buenos Aires de 1916, no hay referencias sobre su contenido. Con todas esas dudas, la primera aparición documentada de la vanguardia de Huidobro puede situarse en España en 1921, cuando en el Ateneo de Madrid lee su texto “La poesía”¹:

La Poesía es el vocablo virgen de todo prejuicio; el verbo creado y creador, la palabra recién nacida. Ella se desarrolla en el alba primera del mundo. Su precisión no consiste en denominar las cosas, sino en alejarse del alba. [...]

¹ Citamos por Vicente Huidobro, *Obra poética*, edición crítica Cedomil Goic (coord.), Colección Archivos, Madrid, ALLCA XX, 2003. Incluimos la página tras la cita.

La Poesía es un desafío a la Razón, el único desafío que la razón puede aceptar, pues una crea su realidad en el mundo que ES y la otra en el que ESTÁ SIENDO (pp. 1296-1297).

Es en *Manifestes* de 1925 donde reacciona frente a las propuestas futuristas, dadaístas y surrealistas en defensa de su propia estética, y cuando sin cortapisas ataca a los surrealistas: “Je considère que votre poésie est inférieure par sa source et par ses moyens. Vous abaissez la poésie à la banalité d’un truc de spiritisme [porque] La poésie doit être créée par le poète, avec toute la force de ses sens plus éveillés que jamais et le poète tient son rôle actif et non passif dans le rassemblement et le engrenage de son poème” (pp. 1318-1319). Estas frases y otras similares emitidas por estos años, junto con su propio ejemplo fueron, sin duda, decisivas para la renovación de la poesía española. Los varios viajes a España en esa época, comenzando por 1918 en que se empezaron a divulgar sus teorías creacionistas incidirían en el fugaz ultraísmo español, que Gloria Videla² estudió hace ya muchos años y en cuyo desarrollo valoró la aportación de Huidobro.

Es evidente que en 1918 no había en España más que un interés limitado por las renovaciones poéticas de Europa, pues el modernismo y sus secuelas estaban todavía vigentes, aunque algunos jóvenes como Rafael Cansinos-Assens recibieron al poeta con reconocimiento y él mismo llegó a señalar en enero del siguiente año que “el acontecimiento supremo del año literario que ahora acaba, lo constituye el tránsito por esta corte del joven poeta chileno Vicente Huidobro, que a mediados del estío llegó a nosotros, de regreso de París donde pudo ver las grandes cosas de la guerra y alcanzar las últimas evoluciones literarias”; y después de señalar la escasa incidencia de la noticia, añadía: “Y sin embargo, su venida a Madrid fue el único acontecimiento literario del año, porque con él pasaron por nuestro meridiano las últimas tendencias estéticas del extranjero”. Era fácil establecer un vínculo con la llegada de Rubén Darío a España, y Cansinos no lo evita para apuntalar: “Huidobro nos traía primicias completamente nuevas, nombres nuevos, obras

² Gloria Videla, *El ultraísmo*, Madrid, Gredos, 1963.

nuevas; un ultra-novecentismo” (p. 1625-1626)³. Que ese deseo de ir más allá de la impronta modernista e implantar una nueva estética fue bien comprendido por unos pocos, se evidencia en los artículos entusiastas de Cansinos que demuestra conocer muy de cerca la obra del chileno, hay que recordar que en ese mismo año 1918 publica Huidobro cuatro libros en España, *Poemas árticos*, *Ecuatorial*, *Tour Eiffel*, y *Hallali* en la famosa imprenta y librería Pueyo de Madrid, cuyas escasas tiradas desencadenaron que sus poemas fueran conocidos en forma oral en las tertulias madrileñas e incluso copiados por los fervorosos admiradores que discutían apasionadamente sobre la nueva estética, en aspectos como la importancia de la imagen, el espacio en blanco, las tipografías. La transición a la vanguardia estaba consolidada y el primer manifiesto ultraísta español se difunde precisamente en 1919. Fue en este mismo año, además, cuando Huidobro proporciona a sus incondicionales el famoso *Voyage en Parachute*, antecedente de *Altazor*, y abundando en su importancia de poeta, se traducirán al español por parte de Cansinos sus libros en francés, llegando a colaborar en las revistas peninsulares de vanguardia. Ello no impide el inicio de la desagradable y fútil polémica con Guillermo de Torre a raíz de las declaraciones de Pierre Reverdy, y que al final producirán tantos enconos y decepcionados comentarios por parte del poeta chileno.

Otro aspecto que hay que sumar es que a pesar del entusiasmo momentáneo, resulta dudoso, observado desde nuestros días, que los ultraístas entendieran someramente la renovación del chileno y que por tanto sus obras llegaran a alcanzar siquiera en esbozo la dimensión de su modelo. Ello explica que incluso se encargaran muy poco después, de señalar que nada debían a su renovación literaria, por lo que Huidobro atacó a sus componentes en carta a Gerardo Diego: “yo no podré nunca tomar en serio el ultraísmo pues nada detesto más que los elementos esenciales que lo constituyen: lo pintoresco, la fantasía y dinamismo de la maquinaria. Todo falsa modernidad, lado externo y no interior. *Trompe l’oeil*, engaña ojos, para niños nerviosos y vírgenes necias.

³ Rafael Cansinos Assens: “Un gran poeta chileno: Vicente Huidobro y el creacionismo” en *Cosmópolis*, 1: 1, [Madrid], enero de 1919.

Tropicalismo meridional representado en Europa ayer por Italia y hoy por España = Futuristas y ultraístas y estos todavía hijos espúreos, inferiores a aquéllos" (p. 1665). En definitiva, se observa que al pasar de los años, las únicas lealtades que permanecerían serían las de Gerardo Diego y Juan Larrea; el primero pronto manifestó su fidelidad al asimilar el creacionismo en un constante diálogo con la tradición hispánica, amalgamando un clasicismo que se expresa en el manejo de la rima y en el uso del humor, y el segundo, al que el conocimiento de *Poemas árticos* le supuso una liberación estética, como es bien visible en su libro *Versión celeste* (1970).

Esta página, con sus luces y sombras, de nuestra historia literaria, cobra mayor dimensión aún si pensamos que en 1919 llega a España Jorge Luis Borges, que también tiene una especial relación con la tertulia madrileña de Pombo, presidida por Ramón Gómez de la Serna y sobre todo la del Colonial dirigida por Cansinos-Asens. Ello corrobora que esos años fueron especialmente productivos y que la vanguardia, abortada en sus más radicales consecuencias en la poesía española, se asentaría con mayor sentido al otro lado del mar, a través de su figura, en los *martinferristas* o ultraístas argentinos a partir de 1921. Mientras, en España, el grupo del 27 comenzaba a fraguar sus más importantes logros; "Edad de plata" de nuestra literatura se ha denominado a esas décadas y sin duda nada hizo más por la renovación literaria que esa apertura al mundo foráneo que significó la internacionalización, con proyección de futuro, de la cultura.

Fue en su viaje de 1931, cuando abriendo otra importante página de su obra, Huidobro publicó en Madrid *Altazor y Temblor del cielo*, tal vez los títulos más decisivos de su producción y que sin embargo no despiertan la atención de la crítica española, tal vez por las enemistades que le envolvían en el ambiente literario madrileño. Un curioso artículo de César González Ruano en el que le entrevista, "Poesía y verdad. Vicente Huidobro, el que trajo las gallinas" (*El Heraldo de Madrid*, 6 de enero de 1931) contribuye aun más a la fría recepción de sus mejores obras, pues el poeta chileno no se recataba al desconocer a la mayor parte de los poetas del 27 y valorar tan sólo a Gerardo Diego y Juan Larrea. Tal

vez a esta frialdad contribuyera el tenso momento político con la instauración de la segunda república y el de los años sucesivos con la llegada de Pablo Neruda a Madrid, lo que llegó a encarnizar aún más los ataques, y cuya culminación se alcanza en 1935 cuando por parte de los poetas españoles se realiza un entusiasta homenaje a Neruda. Otra enemistad se consolida. El tiempo de Vicente Huidobro en España parece haber pasado y la página se cierra en el momento en que la guerra civil acrecentó las diferencias.

Muchas décadas pasarán (la guerra civil y la subsiguiente dictadura de Franco) hasta que se abra la página de Roberto Bolaño cuya historia, más reciente, todavía habremos de apreciar con más distancia en las décadas venideras. Hacia 1977 se instala Bolaño en España y a partir de los años 80 y, de forma ya imparable en los 90, sus obras se empiezan a publicar con éxito en las editoriales españolas llamando la atención de la crítica y los lectores. Entre otras, *La literatura nazi en América* (1996), *Los detectives salvajes* (1998) *Amuleto* (1999), *Nocturno de Chile* (2000), *Amberes* (2002) y su gran obra póstuma, *2666* (2004). Con rasgos que lo ligan a los autores más jóvenes, y que los anticipan, pues como él sentirán la necesidad de romper con la ya asfixiante literatura del *Boom* y plantear nuevos derroteros, aunque sin prescindir de referentes máximos –a pesar, no obstante, del evidente parricidio o el empeño iconoclasta– de obras como *Rayuela* de Cortázar o la literatura de Borges, cuyos nombres continúan siendo fuentes productivas de la narrativa presente. Y para Bolaño especialmente el último, y no sólo en el rigor de su estética y de su escritura, sino por su pasión por el entramado de la biblioteca, por la ironía y por la inserción del personaje como lector. De Borges dijo Bolaño en “El bibliotecario valiente” que “nos dio clases de literatura que nadie escucha. Y lecciones de humor que todos creen comprender y nadie entiende”. No se puede negar que si el escritor chileno negó muchas veces a los más conspicuos escritores del *Boom*, y su literatura irrumpió frente a esa negación, en verdad Bolaño se mueve en el espacio que abrió el argentino, en esas redes literarias que traman y van enlazando las obras literarias. Muchas cosas sorprendieron de

la narrativa de Bolaño, juntas o por separado, según los casos: el procesamiento de la ficción y de la realidad, el desbordamiento de los dobles y el sesgo autobiográfico, la indagación constante de las trayectorias en las que se inserta el gusto por los esquemas policiales, y no menos el humor, la ironía, la inserción de la literatura dentro de la literatura, pues sus personajes son apasionados lectores y constantemente tienen que ver con la lectura y con la escritura. Como un narrador chileno del presente, Carlos Franz, los definió: sus personajes están “vampirizados por la lectura”⁴, y buenos ejemplos de ello son las búsquedas hiperbólicas de los personajes de *Los detectives salvajes*, o su póstuma 2666.

A su muerte en julio de 2003, los comentarios, casi totalmente elogiosos, no se hicieron esperar y Bolaño ha ido creciendo cada día, sobre todo como referente en los gustos de los escritores más jóvenes. Algo que Jorge Volpi explica con gran humor en su artículo “Bolaño, epidemia” publicado por primera vez en marzo de este 2008 en la *Revista Universidad de México*, y luego reproducido como artículo final de su libro de ensayos *Mentiras contagiosas* en el que con ironía y admiración señala la gran pasión que Bolaño ha despertado y despierta en los jóvenes narradores latinoamericanos a partir de sus percepciones en las distintas reuniones de escritores, como la que recuerda que se celebró en Bogotá:

El paraguayo admira a Bolaño, los argentinos admiran a Bolaño, los mexicanos admiramos a Bolaño, los colombianos admiran a Bolaño, la dominicana y la puertorriqueña admiran a Bolaño, el boliviano admira a Bolaño, los cubanos admiran a Bolaño, los venezolanos admiran a Bolaño, el ecuatoriano admira a Bolaño, vaya, hasta los chilenos admiran a Bolaño⁵.

El mismo Volpi habla de Bolaño como el escritor que rompe con la rica tradición de la literatura latinoamericana, léase el *Boom*, pues, como esos jóvenes que cruzan el milenio, empieza a descreer de los localismos, y supera las barreras transgrediendo los partidismos regionales que imponen las aduanas. Por eso el narrador mexicano pondera su novela *Los detectives salvajes*

⁴ Carlos Franz, “Roberto Bolaño: Una pasión helada” en *Letras Libres*, noviembre, 2003, www.letraslibres.com

⁵ Jorge Volpi, *Mentiras contagiosas*, Madrid, Páginas de Espuma, 2008, p. 240.

señalándola como una “novela mexicana escrita por un chileno que vivía en Cataluña” y que “fue ávidamente devorada por los menores de cuarenta, quienes no tardaron en ensalzarla como un objeto de culto, como un nuevo punto de partida, como una esperanza frente al conformismo mágicorrealista”⁶. En el mismo sentido fue valorado en España por autores como Enrique Vila-Matas, uno de los más fervientes defensores que hace menos de un año reflexionaba:

Hace tiempo que el celeberrimo *boom* dejó de tener la potencia de antaño, salvo en sus impresentables epígonos. Y sin embargo, a veces uno diría que nadie parece haberse dado cuenta de eso. Tenemos así el caso del chileno mexicano-catalán Roberto Bolaño, que dio, en la noble vertiente de *Rayuela*, un giro generacional a la herencia de García Márquez y sus novelas adláteres, pero no son tantos los que, a estas alturas del partido, parecen haberse dado cuenta en España de ese giro. Tal vez es significativo que, como todo parece indicar, Vargas Llosa, bastión clave del *boom* y modelo de solvente intelectual en activo, no haya dado señal alguna de haber registrado la evidente y fuerte irrupción (véase lo que está sucediendo en Estados Unidos) de Bolaño en el panorama de las letras mundiales⁷.

Bolaño ganó el premio Rómulo Gallegos en 1999 con *Los detectives salvajes*, que fue tal vez el premio que lo consagró definitivamente para la mayoría de los lectores y lo convirtió en un mito, con ello su literatura y su propia escritura devenían en objetos de culto, comentarios y anécdotas. Y aquí entra el anecdotario personal y una leve nota al pie de esa página que esbozamos. Dos años después, en 2001, le correspondía a Bolaño formar parte del jurado del premio al que tuve el honor de ser invitada junto con Sergio Ramírez, Edgardo Rodríguez Julia y Victoria De Stéfano. Las remesas de libros presentados al concurso llegaban sin piedad a nuestros domicilios y en las semanas anteriores los distintos miembros del jurado nos comunicábamos algunas impresiones. Por correo electrónico o por fax llegaban las noticias con los tremendos listados de las obras concursantes. Un día, a comienzos de mayo,

⁶ Ibid. p. 244.

⁷ Enrique Vila-Matas en *El País*, 5 de julio de 2007.

recibí un fax evidentemente equivocado, iba dirigido a Roberto Bolaño, eran tres páginas de contenido ajeno a nuestro cometido pues contenían una invitación personal, que de inmediato me propuse hacer llegar a su destinatario. Así pues escribí a su dirección lautaro@jet.es por si me proporcionaba un nuevo fax, esta vez correcto. Roberto me respondió de inmediato, me agradeció el interés, pero entendió que la carta desviada a mi dirección venía de la coordinadora del premio de Caracas, a lo que me apresuré a responder: “Querido Roberto: El fax no lo envía Martha Viaña sino que viene del Grupo Parlamentario Venezolano y habla de una Cumbre sobre Deuda Externa en Caracas. Son tres hojas. Dígame una dirección y se lo remito por correo”. La respuesta perpleja de Bolaño no se hizo esperar:

Querida Carmen: Qué cosa más rara. Con esto no quiero decir que no me preocupe la deuda externa, pero no creo que a los gestores de la deuda yo les preocupe demasiado. Mándame el fax, y te doy las gracias anticipadas por las molestias, a: Apartado de correos 441, Blanes 17300.

¿Tienes ya hecha tu primera selección? Yo sí. Si quieres te la envío y la comentamos.

Un abrazo cordial.

Roberto Bolaño.

Realizada ya mi gestión de reenviarle la carta, luego Bolaño cumplió su promesa y envió la lista con algunos comentarios que denotaban su lectura aguda y detallada de gran parte de las mejores novelas que se habían presentado en esa ocasión al premio:

Querida Carmen:

Hay muchas novelas que leer, pero muchas, también, con cinco páginas leídas basta y sobra. Yo ya tengo cerrada mi primera selección. Son estos:

Amphitryon, de Ignacio Padilla

En busca de Klingsor, de Jorge Volpi

Porque parece mentira la verdad nunca se sabe, de Daniel Sada (esta es una muy buena novela, un lujo formal y verbal)

El país del alma, de Nuria Amat

Tesis sobre un homicidio, de Diego Paszkowski
Treinta años, de Carmen Boullosa
El mono aullador de los manglares, de Ibsen Martínez
Las ideas puras, de Pablo d'Ors
La cuadratura del círculo, de Alvaro Pombo
El viaje vertical, de Enrique Vila-Matas
Bartleby y compañía, de Enrique Vila-Matas (una novela rara, ejemplo de texto híbrido, y maravillosamente legible)
La diabla en el espejo, de Horacio Castellanos Moya
La caverna de las ideas, de José Carlos Somoza (una novela a medio camino entre la de Sada y la de Vila-Matas, la más ingeniosa, acaso la más inteligente)
El sueño de la historia, de Jorge Edwards
Los ojos vacíos, de Fernando Aramburu
El alma del controlador aéreo, de Justo Navarro
El peor de los héroes, de Roberto Brodsky
La amigdalitis de Tarzán, de Alfredo Bryce Echenique

Seguramente me he dejado a más de uno de valía fuera. Espero que coincidamos en algunos autores. Gracias por enviarme el fax (qué cosa más curiosa). Por supuesto, me gustaría conocer a tus preseleccionados, a ver si hay alguno que he leído mal. Recibe un fuerte abrazo. Roberto Bolaño.

La lista de Roberto Bolaño se ajustó bastante bien, al menos en varios nombres, al resultado final del Premio, y digo esto porque ante la sorpresa inicial, Roberto Bolaño nunca asistió al fallo que celebró en Caracas a comienzos de junio. Ello fue objeto de comentarios de toda índole e incluso de noticias desorbitadas de periódico que circulan aún por Internet, como la famosa carta que antes de nuestro fallo final recibió Sergio Ramírez de manos de Rubén Witsotzki, periodista de *El Nacional*, en la que de destemplada manera Bolaño justificaba su ausencia, adjetivaba a ciertos responsables del premio y terminaba desvinculándose del fallo del jurado ("Mi desvinculación con el jurado es total" llegaba a decir"). Lo curioso del asunto es que la novela que ganó el premio de ese año por unanimidad del jurado, y que sin duda hubiera obtenido el asentimiento del propio Bolaño, fue *El viaje vertical* de Vila Matas que se consideraba amigo suyo y que en un artículo escrito a su muerte el 16 de julio de 2003 declaraba: "A él (a Bolaño) le debo mucho. Sobre todo porque cuando

yo pensaba que *El viaje vertical* era una historia banal, él me dijo todo lo contrario, que era una obra en la que pasaba mucho. Y me animó a seguir”.

Con esta complicidad entre escritores quiero cerrar estas reflexiones a través de las páginas de los libros que forman el conjunto del gran libro de la memoria literaria, aquel que los escritores redactan y que los lectores reescriben cada vez que los toman en sus manos. En este caso Huidobro y Bolaño, dos escritores chilenos sucesivos en el tiempo, preocupados por las innovaciones de las vanguardias, por la escritura.

*Texto leído en la “Cátedra Chile” de la Universidad de Salamanca, “De Huidobro a Bolaño, Un siglo de vanguardias chilenas en España”, 4 de junio de 2008.